

A N A Q U E L

Por Francisco MONTERDE

LAS EDICIONES DEL POPOL VUH, A TRAVES DE UN SIGLO

LA DIVULGACION del contenido del *Popol Vuh* —que había iniciado el doctor Carl Scherzer, al publicar en Viena, en 1857, “a expensas de la Imperial Academia de Ciencias”, la traducción hecha por fray Francisco Ximénez a principios del siglo XVIII— continuó a fines del XIX, en Hispanoamérica.

Después de publicarse en París, en 1861, el texto original y la versión francesa, deficiente, del abate Esteban Carlos Brasseur, la reanuda el guatemalteco Juan Gavarrete, en la última década del siglo pasado.

Gavarrete, que había paleografiado desde antes de 1875 la obra de Ximénez, influido por el gusto francés tradujo la versión del abate y la dio a conocer en *El Educacionista*, de Guatemala, entre 1894 y 1896.

El segundo paso por este mal camino lo dio otro centroamericano, el doctor Santiago I. Barberena, al formar con la traducción de Gavarrete un tomo, para el cual escribió un estudio preliminar, en 1905.

Los pasos erróneos prosiguen, durante el siglo actual, en nuestra República. El siguiente lo da un arqueólogo historiador ya desaparecido: Ricardo Mimenza Castillo, quien después de dirigir el museo de Mérida, Yucatán, vino a trabajar en el Archivo General de la Nación y acabó aquí sus días.

Mimenza Castillo reimprimió en la capital yucateca, en 1923, bajo el subtítulo de “Biblia de los maya-quichés”, el tomo formado por Barberena, con su estudio preliminar, seguido de otro que escribió quien lo reeditaba.

Aquel equivocado camino empieza a rectificarse, tanto en la América Central como en Europa, en los años subsecuentes, en los cuales se vuelve al punto de partida, en vez de seguir difundiendo los errores de la imperfecta versión del abate Brasseur.

Varios investigadores habían trabajado, desde antes, sobre el texto original del manuscrito de Chichicastenango y la traducción de fray Francisco Ximénez incluida por el filólogo dominico en su *Crónica de la Provincia de San Vicente de Chiapa y Guatemala*.

Por tal motivo, como es frecuente en esa clase de estudios y trabajos que exigen un interés sostenido, en quienes realizan las investigaciones, fueron varios los que llegaron, casi al mismo tiempo, a la meta deseada.

En Guatemala, mientras un modesto inspector de monumentos arqueológicos, Flavio Rodas, se ocupaba en fonetizar el texto quiché del manuscrito de Chichicastenango, se organizó una serie de conferencias sobre el *Popol Vuh*.

Fue el licenciado J. Antonio Villacorta, que llegó al Ministerio de Educación Pública en la vecina República del Sur, quien sustentó en 1926 esas conferencias acerca del libro de los quichés, en la Sociedad de Geografía e Historia de Guatemala.

También fue el licenciado Villacorta quien, por la posición que ocupaba, suscribió la nueva traducción, esta vez directa, como la de Ximénez, que apareció

BIBLIOTECA DEL ESTUDIANTE UNIVERSITARIO

EL LIBRO DEL CONSEJO



EDICIONES DE LA UNIVERSIDAD NACIONAL AUTONOMA

Inicia la Biblioteca del Estudiante Universitario

el año siguiente, en Guatemala, con el texto indígena, fonetizado por el inspector Flavio Rodas, y las mencionadas conferencias.

El traductor, que se había mostrado respetuoso hacia el texto quiché, conservó los nombres de los personajes como aparecían escritos en aquél, sin buscar su equivalente en lengua española.

En cambio, quien firmó la nueva traducción del *Popol Buj* —así se prefirió escribir, fonéticamente, el título—, no se apegó a la construcción autóctona, y modificó las frases, según explicó, para hacer agradable la lectura de la obra, en español, a los lectores formados dentro de la tradición europea.

Además de europeizar arbitrariamente los giros indígenas, quien autorizó con su nombre esa traducción, por él modificada en tal forma, incurrió a veces en el error de incorporar al texto mismo, notas y observaciones personales que de ese modo dan origen a curiosos anacronismos, como cuando se trata de explicar el origen de alguna costumbre.

En Francia, desde fines del pasado siglo, el profesor Georges Raynaud había empezado a trabajar sobre el texto quiché que publicó al lado de su traducción francesa el abate Brasseur, quien dio al libro el título de *Popol Vuh*.

Raynaud —que en París fue profesor de la Escuela de Altos Estudios, en la que dirigió, hasta poco antes de su muerte, los trabajos sobre religiones de la América precolombina— utilizaba en sus clases el manuscrito de Chichicastenango.

Al comparar el texto primitivo con la traducción que de él había hecho el abate Brasseur, Georges Raynaud advirtió desde luego los abundantes errores de interpretación en que aquél incurrió en varios pasajes de la obra.

Para subsanar esos errores, el profesor Raynaud emprendió la tarea de hacer una nueva traducción del quiché al francés, en la cual dio el significado de cada uno de los nombres propios.

En esa traducción el distinguido catedrático de la Escuela de Altos Estudios, volvió a poner en lugar digno el buen nombre de los investigadores franceses, al enmendar los yerros en que había incurrido el pintoresco divulgador del *Popol Vuh*.

Fue el mismo Raynaud quien cambió ese título, que en realidad no lo era, por el que le pareció más adecuado para la obra, de acuerdo con el destino que los quichés le habían dado, y lo llamó *El libro del Consejo de los jefes de la tribu*.

La fiel traducción del profesor Raynaud, en la cual seguía palabra por palabra el original, fue vertida al castellano, bajo la dirección de aquél, por dos alumnos titulares de la misma Escuela: el ensayista José María González de Mendoza y el novelista y poeta Miguel Ángel Asturias.

Fue este último quien se encargó de obtener los fondos necesarios para que la traducción de *El libro del Consejo de los jefes de la tribu* se imprimiera en París, en 1927, como tomo inicial de una serie de historia guatemalteca.

Corregidos algunos errores de esa edición por el mismo González de Mendoza, la Universidad Nacional Autónoma de México reeditó *El libro del Consejo*, al iniciar, con palabras de quien esto escribe, en 1939, su Biblioteca del Estudiante Universitario. Después vendrían los meritorios trabajos de Adrián Recinos y otros investigadores.

